



Hablamos con el Señor

9 de Diciembre

1.- La Virgen sueña caminos,
está a la espera;
la Virgen sabe que el Niño
está muy cerca.
De Nazaret a Belén
hay una senda,
por ella van los que creen
en las promesas.

*Los que soñáis y esperais
la Buena Nueva,
abrid las puertas al Niño
que está muy cerca.
El Señor cerca está,
Él viene con la paz.
El Señor cerca está,
Él trae la verdad.*

Virgen santa, que yo espere como tu...

Virgen santa, que yo le abra mis puertas al Niño...

Virgen santa, que tu Hijo llame a mi puerta...

Virgen santa, que yo quiera “cruzar fronteras”/ buscar la santidad...

2.- En estos días del año
el pueblo espera
que venga pronto el Mesías
a nuestra tierra.
En la ciudad de Belén
llama a las puertas,
pregunta en las posadas
y no hay respuesta.

Los que soñáis y esperais...

3.- La tarde ya lo sospecha,
está alerta,
el Sol le dice a la Luna
que no se duerma.
A la ciudad de Belén
vendrá una estrella,
vendrá con todo el que quiera
cruzar fronteras.

PREPARAR EL CAMINO DEL SEÑOR

La dura historia de un pueblo

Hace ya más de veinticinco siglos, el pueblo de Israel vivió una gran experiencia. Fue invadido por el poderoso imperio de Babilonia, vio como la capital y el templo eran destruidos, y los dirigentes y la parte más activa del pueblo eran deportados, llevados al exilio: el país quedó

devastado, aquel pueblo que se sentía y se sabía escogido por Dios se encontró reducido a un conjunto de inmigrantes desperdigados por las poderosas ciudades babilonias.

Fue, aquél, un tiempo muy duro pero, a la vez, muy enriquecedor.

Allí en el exilio, en medio del dolor del alejamiento de la tierra, y en medio de la tristeza del país devastado, el pueblo tuvo tiempo y ocasión para recordar y reconocer la infidelidad con que a menudo había vivido el proyecto amoroso de Dios: tuvo tiempo de recordar y reconocer que la historia del pueblo había ido acumulando injusticias y opresiones, idolatrías y olvidos del Dios que les había liberado de Egipto.

Y llegó la vuelta

Hubo cambio de poder en Babilonia, que es conquistada por el imperio persa, y Ciro, el nuevo emperador, ordena la vuelta. Habrá que ponerse nuevamente en camino, habrá que emprender una larga travesía por el desierto que separa

La vida del exilio se fue convirtiendo poco a poco en una intensa plegaria al Dios que salva. El pueblo, la parte más consciente del pueblo, ayudado por los profetas, reconstruyó la fe y la esperanza, y fue encendiendo en su interior la confianza de que Dios no los podía abandonar por siempre. La confianza de que podrían volver a la tierra. y finalmente llegó el día.

Babilonia de Palestina, habrá que estar dispuesto a reconstruir unas ciudades abandonadas.

Y aquí, en este momento, se oirá de nuevo la voz de los profetas. Será sobre todo la voz del profeta Isaías

Atravesar el desierto como un camino para el Señor

Este profeta saluda con un grito de alegría el retorno de los exiliados, e invita a vivir con coraje el camino que hay que emprender, la travesía del desierto. Invita a vivir esta travesía como un abrir y preparar un camino para que Dios mismo pueda pasar por él; para que Dios mismo sea quien vaya con el pueblo hacia la tierra prometida, y esté con ellos para reconstruirla, y les pueda acompañar con su fuerza, su ternura, su consuelo en la dificultad. Dice así el profeta:

"Una voz grita: En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios.

Que los valles se levanten, que los montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale.

Se revelará la gloria del Señor; y la verán todos los hombres juntos.

Alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda. Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres" (Isaías 40,3-5,9-11: domingo 2 de Adviento año B).

● *¿Qué "desiertos" atravieso y qué caminos estoy andando allí?*

Y Juan anuncia: Dios quiere acercarse a nosotros

Siglos más tarde, en la ribera del Jordán, un personaje sorprendente empezó a remover las conciencias de mucha gente. Invitaba a verlo todo de manera distinta, y decía que había que cambiar de vida. Se llamaba Juan, y bautizaba. y un gran gentío iba a verle, y le escuchaba, y recibía aquel bautismo que era como un signo de las ganas de cambiar. Y el motivo de este cambio que él reclamaba era muy poderoso, muy trascendental: ha llegado la hora, decía, en la que Dios quiere hacer presente con su fuerza en este mundo, y hay que prepararse para

ello; hay que abrir, cada uno, un camino para que él pueda entrar, para no quedar al margen de su presencia salvadora, para no quedarse sin la vida que él nos quiere dar.

La gente que escuchaba a Juan, la gente que se sentía tocada por él, entendió sus palabras y su acción como un volver a proclamar aquellas palabras que Isaías había pronunciado para invitar al retomo del exilio, y los mismos evangelios recogen estas frases del profeta para presentarnos quién es Juan y cuál era su mensaje.

Facilitar en nosotros el camino al Señor...

Y estas palabras del profeta, estas palabras que se aplican a Juan Bautista, han quedado como una de las llamadas fundamentales de este tiempo de Adviento. Porque si realmente éste es un tiempo de esperanza del Señor que viene, sería una esperanza falsa si no contuviera también, por nuestra parte, un camino para acercarnos a lo que esperamos: si no facilitásemos nosotros que eso que esperamos se haga realidad.

Dios compartirá nuestra vida...

La llamada exigente de Juan Bautista a preparar el camino al Señor es una llamada a gente que vive intensamente el anhelo y la esperanza de que el Señor venga.

Si no hubiera este anhelo y la esperanza de la venida del Señor, esta preparación sería tan sólo un buen ejercicio de mejora personal o un buen trabajo al servicio de los demás, pero no estaría llena del gozo profundo de la fe. Pero a la vez, nuestra esperanza sería una pura mentira si no trabajásemos para hacer realidad ya ahora lo que esperamos: querría decir que, en resumidas cuentas, no nos interesa mucho.

● ¿Cómo hago realidad mi esperanza en Dios?

¿Y en qué consiste este preparar el camino al Señor?

En el relato que el evangelio de Lucas (3,10-14) nos hace de lo que Juan decía a la gente que iba a preguntarle qué tenían que hacer, encontramos ejemplos

que señalan con claridad hacia dónde se dirige esta preparación.

Una primera respuesta, para todos, dice así: *"El que tenga dos túnicas, que se las*

reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo".

Después, hablando con unos publicanos, recaudadores de impuestos que en aquel tiempo hacían su negocio a base de aumentar según les parecía las cantidades que la gente debía pagar, les responde invitándolos a quedarse sin sus fuentes de ingresos habituales: "*No exijáis más de lo establecido*".

Y algo parecido hace también con unos militares, que tradicionalmente y aceptadamente se dedicaban a sacar dinero mediante la extorsión: "*No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie, sino contentaos con la paga*".

Desde luego, lo que dice Juan Bautista es también el estilo de vida que Jesús

predicará en el Evangelio. Los demás, nuestro interés por lo que los demás necesitan, nuestra voluntad de hacer que la vida de todos pueda funcionar dignamente, será siempre punto de referencia fundamental del proyecto de Dios, y será, por tanto, también, un criterio decisivo a la hora de saber si verdaderamente preparamos su camino.

En definitiva, para saber si estamos preparando el camino al Señor, debemos preguntarnos no si lo que hacemos es lo que está mandado, tanto civil como religiosamente, sino si seguimos el estilo que el Evangelio propone, y si nos preocupamos por lo mismo que Jesús se preocupa.

Salir de nosotros mismos y abrir los ojos

Y así comprenderemos la importancia que tiene lo que seamos capaces de hacer para salir de nosotros mismos y abrirlos ojos a las necesidades de los demás; todo lo que mejore la convivencia en casa o con los vecinos o en el trabajo; el que seamos capaces de dar nuestro tiempo o nuestro dinero para los demás; todo lo que ayude a transformar el mundo haciéndolo más cercano al proyecto de Dios.

● ¿Cómo estoy saliendo de mi mismo y abro los ojos a otros?

Para que el Señor nos colme la esperanza

Y entonces, si actuamos de este modo, sentiremos el deseo de hacer de esta preparación oración confiada, anhelo de la venida del Señor, porque experimentaremos muy de veras que sólo él puede llevar a verdadera plenitud lo que nosotros nos esforzamos por conseguir.

● Presento al Señor mis esperanzas...

● Presento al Señor mi suplica para que me ayude...

● Le pido al Señor que venga a mi y me abra un camino nuevo y me de su fuerza para andarlo, ...

● Le suplico a Señor que venga a mi...